ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMATICA

PEPITO MELAZA

Apuro cómico-lírico en un acto, en prosa

LETRA DE

FEDERICO URRECHA

MÚSICA DEL MAESTRO

PÉREZ SORIANO

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
CEDACEROS, 4, 2.° IZQUIERDA

1896

PEPITO MELAZA

apuro cómico-lírico en un acto, en prosa

LETRA DE

FEDERICO URRECHA

MÚSICA DEL MAESTRO

PÉREZ SORIANO

Estrenado en el TEATRO LARA, en el beneficio del primer actor don José Rubio, el 12 de Febrero de 1891, y en el TEATRO ESLAVA, con música, el 22 de Enero de 1896.

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1896

Reparto del Teatro Lara.

PERSONAJES		ACTORES
DOÑA FELIPA	Sra.	Valverde.
AUREA	Srta.	Blanco.
TOMASA	Sra.	Mavillard.
PEPITO	Sr.	Rubio.
DON JUAN	»	Guerra.
ANDRÉS	»	Ramírez.

Reparto del Teatro Eslava.

PERSONAJES		ACTORES
DOÑA FELIPA	Sra.	Sabater.
AUREA	Srta.	Brú.
TOMASA	»	Sala.
PEPITO	Sr.	Carrión.
DON JUAN	»	Soler.
ANDRÉS	»	Iglesias.

La acción en Madrid.—Época actual.

Derecha é izquierda del actor.

Á PEPE RUBIO

El Autor.

ACTO ÚNICO

Sala. Laterales á la izquierda: la del primer término, balcón con persiana echada. Puertas en la derecha y al foro. Entre las dos puertas de la derecha, mesa de despacho con papeles y libros. A la izquierda, cerca del balcón, velador de costura; al pie, cesto de costura con ropa blanca.

ESCENA PRIMERA

DOÑA FELIPA y ÁUREA, sentadas, cosiendo junto al velador.

MÚSICA

ÁUREA. (Asomada al balcón.)
¿Qué dices?
¡No subas! ¡No entiendo! ¡Atención!
¡Pum! ¡Pum! ¡No ha salido! ¡No!
¡No! ¡No! (Bajando al proscenio.)

—

Pobrecito, todo el día
en la puerta del café;
baja y sube, sube y baja,
y seis horas está en pie.
El pobre es tímido como una liebre,
y á papá tiene miedo cerval,
pues si supiese, si averiguase...
lo pasaría bastante mal.

Mas yo lo quiero con toda el alma,
con toda el alma me quiere mí.
Mamá protege nuestros amores,
pero no puedo vivir así.
Siempre en vela, siempre en guardia,
la catástrofe evité;
pero un día aciago, le sorprende
haciendo señas en la puerta del café.

HABLADO

AUREA. ¡Cómo están ya estos ojales, mamá!

FELIPA. Demasiado buenos, hija. ¿No ves que tu padre los rompe en cuanto tarda un poco en meter el botón?

AUREA. (Mirando á la calle por el balcón.) ¡Pobrecillo! Mírale, mamá. Ya lleva una hora desojándose de pie.

FELIPA. ¡Pues buena tendrá la cintura!

AUREA. Ya se la he arreglado yo.

FELIPA. ¿A quién?

AUREA. A papá. Le he puesto tira nueva.

FELIPA. Yo hablaba de la cintura de ese...

AUREA. (Mirando á la calle.) ¿No te da lástima, mamá?

FELIPA. Ni pizca. Que no sea tonto. Y os advierto, que yo no hago más que lo que he hecho; conque arréglatelas tú.

AUREA. ¿Y qué hago?

FELIPA. Ponle el remiendo de la pierna derecha.

AUREA. (Mirando á la calle.) Me dice que si sube.

FELIPA. ¡En seguidita! ¿No sabes que está tu padre en casa, chiquilla?

AUREA. Ya se lo he dicho por señas; pero no me ve ó no me entiende, y es capaz de subir.

FELIPA. ¡Pues eso nos faltaba! (Levantándose.) Verás qué pronto me entiende á mí. (Delante del balcón, haciendo ademán de dar una bofetada, poniendo cara agria y figurando que se estira los bigotes.) Sí; mi marido. No ve... Se lo repite un mozo del café. Mi marido... eso es... (Vuelve á sentarse.) ¿Ves cómo me ha entendido en seguida y se ha metido dentro?

AUREA. ¡Qué fastidio! Cada vez que entra ó sale papá, se tiene que meter en el café.

FELIPA. Y que no lo haga. ¡Pues bonito genio gasta tu padre! Me parece que ya se ha fijado en él.

AUREA. ¡Ay! ¿Sí?

FELIPA. Digo yo, porque ayer me preguntó: ¿Qué hace ese monigote, que está siempre parado ahí como una anunciadora?

AUREA. ¡Monigote!...

FELIPA. Para que no se escamase, le dije que hacía cocos á la del segundo.

AUREA. Si ya tiene novio.

FELIPA. No le hace. Creerá que tiene dos, como otras. Cuando conocí á tu padre, tenía yo dos en activo y uno en reserva. (Pausa breve.)

AUREA. (Dejando la costura.) Y tú, ¿qué vas á hacer, mamá?

FELIPA. Recortarle el cuello.

AUREA. ¡Si hablo de él, mamá!

FELIPA. ¡Ah! Pues nada más. No me atrevo con tu padre. Además, ya sabes que hoy llega tu primo Andrés, y lo que traen entre manos tu padre y tu tío.

AUREA. ¿Y qué dice el tío en la carta? ¿La ha leído usted?

FELIPA. Sí; mientras tu padre se fué á la parada de Palacio. Dice tu tío que él no se mete en que tu primo se case con quien le dé la gana.

AUREA. ¿Y qué dice papá á eso?

FELIPA. ¿Qué quieres que diga? ¡Parece que no le conoces!

AUREA. ¿De modo que se empeña en que me case con mi primo? Si no me gusta.

FELIPA. Como si eso hubiera sido nunca una razón. Tampoco me gusta él ahora y me aguanto.

AUREA. Pero, ¿por qué ese empeño?

FELIPA. Pues porque quiere un yerno como él y no un gallina como Pepito. No sé para qué, porque á los ocho días y con dos genios así, no quedarían ni los rabos. (Mirando á la derecha.) Cose, que viene.

ESCENA II

DICHAS; DON JUAN, por la primera de la derecha.

JUAN. (Cruzándose de brazos.) ¿Se puede saber dónde demonios está mi sombrero?

FELIPA. Pero hijo, en el recibimiento lo pone la chica cuando barre. (Llamando.) ¡Tomasa!...

JUAN. Con esa Tomasa va á haber aquí una tragedia el mejor día. La he dicho cincuenta veces que quiero el sombrero en mi cuarto.

FELIPA. Pues yo no sé ya cómo decírselo, hijo.

JUAN. Porque no habéis nacido para mandar.

FELIPA. Pero ¿tú crees que Tomasa es un recluta? (Al foro.) ¡Tomasa!...

JUAN. Menos; porque á un recluta no se le paga y obedece en seguida. Veréis qué pronto arreglo yo esto.

ESCENA III

DICHOS; TOMASA, con zorros de limpiar en la mano.

TOMASA. ¿Quién llama?

JUAN. ¿Cuántas veces te ha dicho la señora que quiero el sombrero en mi cuarto?

TOMASA. ¡Anda! Muchísmas.

JUAN. ¡Habrá animal! ¿Y por qué no obedeces?

TOMASA. ¡Otra! Porque no maacuerdo. Pos miá tú que...

JUAN. ¡Y dale con el *pos miá tú,* hombre! Ya te he dicho que no quiero oir eso. Tráeme el sombrero.

TOMASA. ¡Ay! ¡Qué demonio de sombrero! Ya voy. (Vase.)

JUAN. ¡Acémila! (A doña Felipa.) ¡Parece imposible que tengas todavía esta criada en casa.

FELIPA. Pero hijo, considera que lleva seis años con nosotros.

JUAN. Con más razón. Seis años de *pos miá tú,* son muchos años. ¿Qué hacéis?

FELIPA. Arreglarte por centésima vez los calzoncillos y las camisas. Mira, Juan, nos traes locas con tanto arreglo.

JUAN. Porque no acabáis de entender una cosa tan sencilla. (Entra Tomasa con el sombrero, y queda escuchando lo que dice don Juan.) Vamos á ver: ¿no me voy de caza, viernes, sábado y domingo?

FELIPA. Sí.

JUAN. ¿No sabéis que vengo el lunes enflaquecido por el noble ejercicio de la caza?

FELIPA. Sí.

JUAN. ¿No sabéis que el jueves he vuelto á engordar con el descanso del lunes, martes y miércoles?

FELIPA. Sí, hombre.

JUAN. Pues apuntarlo en un papel. Los lunes estrechar dos centímetros y los jueves ensancharlos.

FELIPA. Pues es un tira y afloja que no entiendo, hijo.

TOMASA. (Dando el sombrero á don Juan.) Amos; ahí tié usté el sombrero. (Don Juan se pone el sombrero y se sienta ante la mesa á arreglar los papeles.)

AUREA. (A doña Felipa.) Ya está otra vez en la puerta del café.

FELIPA. Pues verás cómo le encierra tu padre en cuanto salga. (Tomasa ha estado pasando los zorros por los muebles y cantando á media voz. Don Juan dice á doña Felipa.)

JUAN. No se os olvide que aquí queda el contrato para esas señoras que alquilaron ayer el segundo.

FELIPA. (Aplicando el oído.) ¿Qué mundo?

JUAN. (Muy alto.) ¡El segundo!

FELIPA. Si no te he oído, hombre.

JUAN. ¿Cómo vais á oir con ese canturreo? (A Tomasa.) ¿Te quieres ir á cantar al mismo demonio?

TOMASA. ¡Ay, señor! Pos miá tú que ni cantar se puede. (Vase por el foro.)

JUAN. (Levantándose.) ¡Y dale con el miá tú! Ya sabéis... ¡Ah! Me dijo ayer la portera, que estuvo en la casa un joven á ver el otro piso desalquilado. Si viene hoy, que me espere, que vuelvo en seguida. (Medio mutis por el foro.)

FELIPA. Bueno.

JUAN. ¡Ah! Ya sabéis... Decidle lo que á todos: que si tiene

niños, ó perros, ó gatos, ó tiestos, ó si toca algún instrumento, que no se moleste.

FELIPA. Descuída.

JUAN. (El mismo juego.) ¡Ah! Ya sabéis que Andrés debe venir en el tren de las diez. Preparad cuarto por si no se va á la fonda. Y que si viene ese joven...

FELIPA. Sí, hombre; que no quieres perros ni gatos...

JUAN. Ni tiestos. (Se oye cantar dentro á Tomasa.)

FELIPA. Ni instrumentos ruidosos; ya lo sabemos.

JUAN. Nada más. Hasta luego. (En el forillo.) Pero ¡que no haya medio de hacerla callar! ¿Te quieres callar? (Chillando. Vase. Oyese á poco un portazo. Tomasa deja de cantar.)

ESCENA IV

DOÑA FELIPA y ÁUREA

FELIPA. ¡Anda, salero! Tu padre desencaja un día la puerta.

AUREA. (Levantándose y mirando por el balcón.) Allí está todavía, mamá.

FELIPA. Pues avísale la salida de tu padre.

AUREA. (Haciendo señas.) No me entiende.

FELIPA. ¡Ay, hija, qué trabajo! (Yendo al balcón.) Verás. (Delante del balcón y figurando el movimiento de quien dispara una escopeta.) ¡Pum! Sí... Allá va eso.

AUREA. Ya se ha metido.

FELIPA. Gracias á Dios.

AUREA. Ya sale otra vez, mamá.

FELIPA. (Arreglando los papeles de la mesa.) ¡Pues no trae mal jaleo!

AUREA. Pregunta si puede subir.

FELIPA. Hija, por Dios; mira que tu padre va á volver y, si lo encuentra... se lo come.

AUREA. Lo escondemos como otras veces. (Mirando á la calle.) Me parece que dice que tiene que hablarnos.

FELIPA. Siempre tiene que hablarnos y nunca habla con tu padre.

AUREA. (Después de hacer á Pepito señas afirmativas.) Ya viene, mamá. Ya ha entrado en el portal. ¡Tomasa... Tomasa...! (Llamando hacia el foro.)

FELIPA. (Sentándose á coser junto al velador.) No sé por qué soy tan débil contigo, hija.

AUREA. (A Tomasa, en el forillo, en el momento de sonar suavemente la campanilla.) Anda, Tomasa; es el señorito Pepe. Acompáñale para que no tropiece. (Desaparece Tomasa y Aurea espera junto al foro.)

ESCENA V

DICHAS y PEPITO

MÚSICA

PEPITO. (Saludando á un mueble.)
¡Muy buenas tardes!
¡Hola, monina!
FELIPA. ¡Que es la consola! (Casi hablado.)
PEPITO. Pues es verdad.
Yo bien, ¿y ustedes?
Me alegro mucho.
FELIPA. ¿Qué? ¿Tan cegato?
PEPITO. Ya lo ve usted.
¡Esto es horrible!
AUREA. Coge mi mano,
te llevaré.
PEPITO. Si tú me llevas
siempre, mi vida,
preferiría
mejor no ver.
Ya no me muevo
sin tropezar.
AUREA. Cada vez menos
ve el pobre ya.
PEPITO. Doña Filipina,
voy de mal en peor,
y llevo ya los lentes
del grado treinta y dos;
lo cual no me ha evitado,

el otro día en Sans,
tirarme la gran plancha
con cierto catalán.

LAS DOS. Pues cuéntenos usted.

PEPITO. Pues sí que contaré.
De este modo verás
que ya no puedo más.
Voy á ustedes á contar
lo que á mí me sucedió,
cierto día que subí
al tranvía de vapor.

LAS DOS. Vamos á ver esa historia
de lo que sucedió,
al dirigirse hacia Sans
en tranvía de vapor.

PEPITO. Dije: ¡Aturis!—en idioma
que entendía el mayoral.—
¡Está be!—me dijo el hombre—
y la máquina hizo ¡paff!

El cobrador me cogió de un brazo y me subió á la plataforma como si fuera una cesta. Bueno,—pues oigan ustedes.

A tientas entré en el coche,
toco aquí, toco acullá;
nada veo, á nadie palpo,
el tranvía andaba ya;
me siento tan ricamente
de una vez sin reparar,
sobre quien, sobre una dama:
¡Bestia! ¡Astúpido! ¡Malón!
Pero, ¿qué? ¿No ve usted?—
Oigo que grita una voz,
la del marido.—¡No veo!—
digo confuso, y, ¡oh, Dios!
Me arrimó aquí el puño aquella
caballería... mayor.

¡Pum! ¡Pum! (Acción de pegar.)

AUREA. ¡Pobrecito de mi vida!
¿Y qué más te sucedió?

PEPITO. Que yo me lancé sobre él,
que él sobre mí se lanzó,
y que se armó allí una bronca
de las de marca mayor.

FELIPA. ¿Y qué resultó de todo?

PEPITO. Que el carrillo se me hinchó.
¡Ay!... Y se armó, sí,
una gresca tan feroz.
¡Ay, que caí, sí,
encima de un gran señor,
y le aplasté, sí,
una caja de cartón,
y me dió.

LAS DOS. ¿Qué?

PEPITO. El segundo bofetón.
Se metió gente por miedo,
y gritaba el conductor
en catalán: *¡No* ma rompa
los cristales del vagón!...
Y cogiéndome de un brazo
en la vía me dejó,
y gracias á que el tranvía
poco á poco se paró.

LAS DOS. ¡Pues apénas se conoce!

PEPITO. Como que se deshinchó...
¡Pero no subo, aunque me aspen,
en tranvía de vapor!

LAS DOS. Esas cosas sólo pasan
en tranvía de vapor.

HABLADO

AUREA. (Sentándose junto al velador y en el sitio que ocupó antes.) Ven por aquí, y siéntate.

PEPITO. (Adelantándose y tropezando con doña Felipa.) Aquí ya se ve mejor. ¡Ay! Perdona, Tomasa.

FELIPA. Soy yo, Pepito.

PEPITO. Pues es verdad. ¿Cómo está usted, doña Felipa?

FELIPA. Bien, ¿y usted? ¿Cómo va esa vista?

PEPITO. (Sentándose, á tientas, entre las dos.) Así nada más.

AUREA. ¿Y eso?

PEPITO. ¿El qué? ¡Ah! ¡Ya! ¿Se acuerdan ustedes que hace dos meses confundía los faroles con los agentes de seguridad?

FELIPA. Sí.

PEPITO. Pues... ahora me pasa lo mismo. Hoy me ha dado ya el oculista cristal del número dos.

AUREA. ¿Y qué?

PEPITO. Que por poco me coge un coche. (Doña Felipa y Aurea se cambian de vez en cuando piezas de ropa, rozando casi con el rostro de Pepito, que se echa atrás cuando siente pasar algo.)

AUREA. Hoy te has dado un buen plantón.

PEPITO. Regular. Tu papá me trae loco; y como no veo bien las señas...

FELIPA. Entonces, ¿cómo se entera usted?

PEPITO. Porque tengo subvencionado al echador.

FELIPA. ¿A quién?

PEPITO. Al echador del café. El se entera y, según los casos, cumple con su misión de echador y me echa afuera ó adentro.

AUREA. Pues hoy has tenido que salir y entrar cuatro veces en dos ocasiones que ha salido papá.

FELIPA. Me parece á mí que, como se descuide usted, va á ser mi marido el que va á hacer de echador con usted.

AUREA. Ten cuidado.

PEPITO. Ya le tengo. Lo peor es que el amo del café se ha escamado de tanto entrar y salir, y tengo que sentarme y tomar algo para que no diga.

FELIPA. ¡Tiene gracia!

PEPITO. No, como gracia no tiene mucha; porque hoy, por ejemplo, ya llevo dos cafés con media.

FELIPA. Con tanta manteca se va usted á poner que dará gusto verle.

PEPITO. Al revés, doña Felipa de mi alma. Lo que me pasa es que me estoy echando á perder el estómago. (A Aurea.) Mira: ayer le dió á tu papá por estar entrando y saliendo, y me llevé á casa... (Contando por los dedos.) cinco cafés, un chocolate y dos gaseosas. Luego me voy sin ganas de comer; mamá se alarma, cree que voy para tísico y hace ocho días que me obliga á tomar aceite de hígado de bacalao. Y claro, peor.

FELIPA. Pues dicen que es mejor el claro.

PEPITO. ¿Cuál claro?

FELIPA. El aceite claro.

PEPITO. No, digo que claro; que con eso se me pone imposible el estómago. Si levantaran ustedes un poco la persiana...

AUREA. En seguida. (Levantándose y alzando la persiana.) ¿Ves ahora mejor?

PEPITO. ¡Ajajá! Ahora, sí.

FELIPA. (Dejando la costura.) Basta de costura. Vamos á ver, Pepito...

PEPITO. Vamos. (Levantándose.)

FELIPA. ¿A dónde?

PEPITO. Como ha dicho usted *vamos*... (Sentándose.)

FELIPA. No, hombre; vamos... á hablar.

PEPITO. Bueno.

FELIPA. Usted no puede seguir así.

PEPITO. No, señora; con un mes más de medias tostadas... fallezco.

FELIPA. No es eso. Digo que no ve usted que yo no puedo seguir tolerando estas relaciones á espaldas de mi marido. Usted no sabe quién es mi marido.

PEPITO. ¿Cómo es eso? ¿Pues no es el papá de Áurea?

FELIPA. Sí; pero un papá como hay pocos.

PEPITO. ¿Pues no son todos lo mismo?

FELIPA. No, señor; porque otros son razonables y mi marido no; y en todo consentirá menos en hacerle á usted su yerno.

PEPITO. ¡Caramba! ¿Y por qué?

FELIPA. Pues... con franqueza, porque quiere en casa otro como él; un hombre de empuje.

PEPITO. ¿De empuje?

AUREA. Sí, Pepín; y me quiere casar con mi primo Andrés, que viene hoy.

PEPITO. ¡Carámboli! Doña Filipina, eso no puede ser. Mire usted que si después del régimen alimenticio del café me quedo sin la chica...

FELIPA. Hay un medio de evitarlo; pero ha de ponerse en práctica hoy mismo.

PEPITO. Ya sabía yo... Venga.

FELIPA. Que vea usted á mi marido y le hable.

PEPITO. Imposible.

FELIPA. Pero ¿por qué?

PEPITO. Porque tengo miedo. Le escribiré.

FELIPA. Y no hará caso. Pero, hombre, ¿tan tímido es usted?

PEPITO. Como una ostra. Sólo de pensarlo... (Campanillazo.)

FELIPA. (Levantándose.) ¡Ay, Dios mío! ¡Tu padre!

AUREA. ¡Papá!

PEPITO. (Levantándose azorado.) ¡Digo! ¡Papá!

FELIPA. (En el forillo.) ¡Tomasa!... ¡Tomasa!...

TOMASA. (En el forillo.) Ya iba.

FELIPA. No es eso, mujer. Llévate al señorito.

PEPITO. Sí, por Dios; llévate al señorito.

AUREA. ¡Dios mío!... ¡Mamá!...

PEPITO. ¡Mamá!...

FELIPA. No me apures, hija. (A Aurea.)

PEPITO. (Abrazando á Aurea tomándola por Tomasa.) Tomasa de mi alma... aunque sea en la carbonera.

FELIPA. (A Pepito.) ¡Eh! Que es la niña.

PEPITO. ¡Ay! Perdón. Con la jindama, no veo. (Campanillazo más fuerte.)

AUREA. ¡Ay, es él!

PEPITO. (Muy apurado.) ¿Sí, eh?

TOMASA. (A Pepito.) Amos; venga usté, señorito. (Campanillazo.) ¡Anda, anda! ¡Pues viene bueno!

PEPITO. Viene bueno, ¿eh? Tomasa mía, por Dios... (Tomasa conduce á Pepito al foro y hace mutis con él.)

FELIPA. (A Aurea.) Vete á abrir á escape, antes de que se impaciente.

AUREA. (Aturdida.) Voy, voy, mamá. (Vase por el foro.)

FELIPA. Si ya me temía yo esto. (Escuchando en el foro.) ¡Calla! No es él.

ANDRES. (Dentro.) ¡Pues ni que hubieran ustedes estado dormidas! En fin, no quiero enfadarme. (En el foro.) ¡Hola, tía!

ESCENA VI

DOÑA FELIPA y ÁUREA; ANDRÉS, en traje de camino; luego TOMASA

FELIPA. ¡Andrés! ¿Eras tú?

ANDRES. Yo mismo, que subo directamente de la estación. (Aurea ha vuelto á sentarse á coser.) Como sólo vengo para dos días, no voy á la fonda. (Mirando fijamente á doña Felipa.) Pero, ¿qué le pasa á usted?

FELIPA. ¿A mí? Nada, hijo, nada. (Oyese ruído de vajilla al caer y romperse.) (¡Madre mía!)

ANDRES. ¿Qué es eso?

FELIPA. ¡Qué atrocidad! Pues es la primera vajilla que rompe. (Al foro.) ¡Tomasa!...

ANDRES. Conque, ¿qué hay, señora prima? Qué guapa estás, mujer!

AUREA. (Bajando los ojos.) Favor que me haces.

TOMASA. (En el foro, y aparte á doña Felipa.) (El señorito ha tropezáo en el barreño de los platos, y los ha roto casi tóos.)

FELIPA. (¡Jesús me valga!)

ANDRES. ¡Hola, Tomasona; ven acá, animal!

TOMASA. ¡Jé, jé! ¡Qué guapo está! ¿Cómo está usté, señorito?

ANDRES. Bien, ¿y tú?

TOMASA. Pa servirle. ¿Y en el pueblo?

ANDRES. Todos buenos. Qué, ¿te vas afinando?

TOMASA. Sí, señorito; entre las amas y el amo, me han afiláo bastante, ¿verdá usté? (A doña Felipa.) Y mi padre, ¿está bueno?

ANDRES. Sí, mujer, todos están buenos.

TOMASA. ¿Y las mulas?

ANDRES. Buenas; arando.

TOMASA. ¡Pobrecillas!

FELIPA. Anda á la cocina, no sea que acabe el gato con los platos que quedan.

TOMASA. (A Andrés.) Bien venío. (Aparte al salir á doña Felipa.) (Al otro lo he metío en el almario.)

FELIPA. (Échalo á la calle en cuanto puedas.) (Vase Tomasa.)

ESCENA VII

DICHOS menos TOMASA

ANDRES. (A Aurea.) Cuando te digo que estás muy guapa...

FELIPA. Regular, regular.

ANDRES. No regular; muy guapa.

AUREA. Favor que...

ANDRES. ¡Dale, hombre! Te digo que mucho.

FELIPA. Es que tú la miras con buenos ojos.

ANDRES. (Con enfado.) ¡Caramba! No me contradigan ustedes. Es cosa que me saca de quicio.

FELIPA. Bueno, hombre, como quieras.

ANDRES. Como es, ¡qué demonio! Y á usted también la encuentro mejor.

FELIPA. Eso sí que no, hijo; porque cada día estoy más acabada.

ANDRES. Vaya, bueno; entonces tengo yo los ojos á componer.

FELIPA. (¡Pues viene de genio, peor que se fué!) Sí; tienes razón.

ANDRES. Claro que sí. (A Aurea.) ¿No opinas como yo?

AUREA. Favor que nos haces.

ANDRES. Oye: ¿no sabes decir otra cosa, prima? (A doña Felipa.) ¿Y el tío?

FELIPA. Ha salido; pero vendrá en seguida.

ANDRES. ¿Cómo anda de genio?

FELIPA. ¡Ay, hijo! Como un jabalí.

ANDRES. Ya sé que le ha escrito mi padre; y hasta me puso en autos de lo que le decía... (A Aurea.) y tenemos que hablar de eso mi primita y yo, ¿eh?

AUREA. (¡Dios mío!)

ANDRES. (Sentándose al lado de Aurea.) Como que no he ido á la fonda como otras veces, para poder tratar del caso á mis anchas. Mira, prima: ya sabes que yo soy franco, y vamos á hablar con franqueza, ahora que viene á pelo. Tú eres una muchacha muy buena, muy guapa...

AUREA. Favor que...

ANDRES. Que te hago, sí; ya lo sé de memoria. Quedamos en que eres una novia apetitosa; pero...

FELIPA. ¿Qué?...

ANDRES. Pero, aunque este sea el deseo de tu padre y del mío, yo no me puedo casar contigo.

FELIPA. ¡Cómo! ¿Qué dices?

AUREA. (Dejando la labor.) ¡Ay! ¡Qué gusto! ¿Sí?

ANDRES. ¡Hola, hola! Mira qué poco dices ahora: «favor que me haces.»

FELIPA. Pero chico, ¡me asombras!

ANDRES. Pues no tiene nada de asombroso. Yo no me he enterado hasta última hora, y, francamente, no han contado conque yo tengo ya novia.

AUREA. Sí, ¿verdad? ¡Cásate con ella!

ANDRES. Vaya, vaya... ¿á que resulta que tú también habías elegido por tu parte? ¿Qué tal? ¿Me equivoco?

AUREA. (Con timidez.) ¡Que lo diga mamá!

FELIPA. Pues mira, chico, sí; y estoy yo pasando las de Caín con este noviazgo; primero, porque Juan no lo sabe; y, segundo, porque el chico no reune las condiciones que exige tu tío.

ANDRES. (Levantándose.) ¿Que son...?

FELIPA. Rarezas suyas. Cree todavía que está en el regimiento, y quiere para yerno un cabo de escuadra. El pobre Pepín...

ANDRES. ¿Quién es ese?

AUREA. Mi novio.

FELIPA. Una codorniz, chico. El genio opuesto al de tu tío y al tuyo.

ANDRES. ¿Cómo al mío? Pues qué, ¿tengo yo mal genio?

FELIPA. No, hombre, pero le tiene mejor Pepín.

ANDRES. (Después de reflexionar un momento y con acento resuelto.) Tú te casarás con Pepín.

AUREA. ¡Ay! ¿Sí?

ANDRES. Nada; que os protejo. ¿Con que mi señor tío te quiere imponer marido? Eso ya lo veremos. Cuando digo que os protejo...

FELIPA. Mira, á propósito; cuando tú llamaste, estábamos hablando de esto con él.

ANDRES. (A Aurea.) ¡Ah, hipócrita! ¿Con que estaba aquí? A ver, Pepín...

AUREA. Está en la cocina. ¿Lo traigo?

ANDRES. Pues claro, mujer. (Vase Aurea por el foro.) ¡Con que imposiciones!

FELIPA. Mira, ten cuidado con tu tío, porque tiene peor genio que antes.

ANDRES. No tenga usted miedo, tía. Cuando le digo á usted que los caso yo... Vamos á ver esa codorniz.

ESCENA VIII

DOÑA FELIPA, y ANDRÉS; PEPITO y ÁUREA, por el foro.

PEPITO. (A Aurea en el foro.) (¿Y dices que ya lo sabe, y no le parece mal?)

AUREA. (Sí, hombre; anda y no le contradigas.) (Bajando.)

ANDRES. Venga usted acá, mi futuro primo.

PEPITO. (Yendo á tropezones hasta Andrés.) (¡Su futuro primo!... ¡Qué cariñoso!) ¿Cómo está usted, querido pariente?

ANDRES. (Apretándole exageradamente la mano.) Bien, gracias. ¿Con que usted es...?

PEPITO. (¡Y cómo aprieta!) Pepito Melaza, servidor de usted y novio provisional de Aurea.

ANDRES. ¡Cómo provisional!

PEPITO. Sí, primo; hasta que venga uno con buenos puños y me sople la novia.

FELIPA. Pues ponga usted los medios para que no suceda.

ANDRES. Nada; dejar eso por mi cuenta. (A Pepito.) Vamos á ver... anda; tutéame.

PEPITO. ¿Quién? ¿Yo?

ANDRES. Sí, hombre, como si fuéramos primos. Anda, arráncate.

PEPITO. No; me da mucha vergüenza.

ANDRES. Eres un melón, hombre.

PEPITO. (No hay que contradecirle.) Sí; tienes razón. Soy un melón.

ANDRES. (Poniéndole las manos en el hombro.) Bien. ¿Con que mi señor tío no te quiere dar la blanca mano de mi prima?

PEPITO. ¡Has visto, hombre!

ANDRES. Pues yo te digo, que ó te casas con ella, ó no te casas con nadie.

PEPITO. ¡Hombre!... ¡Con nadie!...

ANDRES. Nada, nada.

PEPITO. Pero, primo, considera que yo no...

ANDRES. (Impaciente.) Que te digo que con ella ó con nadie.

PEPITO. Bueno, con nadie.

ANDRES. Yo voy á lavarme y arreglarme un poco, y tú te esperas aquí.

PEPITO. Bueno.

ANDRES. Y después te diré lo que hemos de hacer. (A doña Felipa.) ¿Dónde me lavo yo?

FELIPA. En el cuarto de tu tío. (Al foro.) ¡Tomasa!... Ahí tendrás de todo. (A Tomasa que sale.) Pon agua en el lavabo y lleva al cuarto la maleta del señorito. (Tomasa entra en la primera de la derecha; sale con la jarra por el foro; vuelve con ella y al pasar recoge la maleta y cartera de viaje, llevándolo todo al cuarto.)

ANDRES. Bueno; pues hasta luego, tía; hasta luego, prima. Adiós, Pepín. Ten pecho, hombre.

PEPITO. Ya tengo uno. (Tocándose el pecho.)

ANDRES. (Abrazándole.) Anda, y prepárate para poner algo de tu parte. No seas melón, hombre.

PEPITO. (Ahora no quiere que sea melón.) Adiós, primo; y gracias. (Vase Andrés por la primera de la izquierda. Tomasa cierra.)

ESCENA IX

DICHOS menos ANDRÉS

PEPITO. ¡Qué excelente chico!

FELIPA. ¡Mucho! Si usted supiera el genio que gasta...

PEPITO. Eso digo: que como lo gasta, tiene poco.

FELIPA. Porque no le ha llevado usted la contraria. Mira, Tomasa, ponte junto al balcón y avisa en cuanto el señor doble la esquina.

PEPITO. Sí, Tomasita; no me doble luego él á mí.

FELIPA. Y ahora, vamos.

PEPITO. ¿Al armario otra vez?

FELIPA. No; ya se acabó eso. (Tomasa se coloca junto al balcón hablando de vez en cuando con Aurea.)

PEPITO. Sí, es verdad; el primo lo arreglará todo.

FELIPA. No; al revés.

PEPITO. ¿Que lo desarreglará?

FELIPA. No, hombre; que quien lo va á arreglar es usted.

PEPITO. ¿Yo?

FELIPA. Sí; porque en cuanto asome mi marido, nos vamos nosotras y usted le espera.

PEPITO. (Medio mutis al foro.) En seguidita.

AUREA. Pero hombre, le esperas y le hablas.

PEPITO. (Volviendo.) Imposible.

FELIPA. ¡Ah! ¿No?

PEPITO. No señora; me atragantaré.

FELIPA. Pues ya hemos hablado bastante.

PEPITO. Bien; viene, me ve... y ¿qué digo yo?

FELIPA. Á eso voy. Hay que dárselo á usted todo amasado. Figúrese usted que yo soy mi marido.

PEPITO. ¡Qué horror!

FELIPA. Espere usted, cristiano. Vamos á hacer un ensayo, como en las comedias, á ver si si así está usted luego más firme.

PEPITO. (A Aurea.) Hombre... ¡qué bien está eso!

FELIPA. Como yo me lo sé de memoria y me figuro lo que dirá, podemos hacer la visita como si fuera él mismo.

TOMASA. (Que ha estado escuchando, en tono de aprobación.) ¡Ahí está!

PEPITO. (Buscando la salida.) ¡María Santísima!

TOMASA. ¿Ande va usté, hombre?

PEPITO. Al armario, hija, al armario.

TOMASA. Pero si no viene. Dicía que ahí está, amos; que está bien eso que dice la señora.

PEPITO. Pues no asustes, ea. ¡Vaya una gracia!

FELIPA. Mira, Tomasa; tú te estás ahí y nos dejas en paz. (Vuelve Tomasa al balcón.) Vamos otra vez. Yo soy mi marido. (Yendo al foro y bajando desde él.) Llamo; entro... así; y le veo á usted... (Ahuecando la voz.) ¡Tomasa!... ¡con dos mil demonios!... Te voy á rebanar el pescuezo.

PEPITO. (A Aurea haciendo esfuerzos por ver.) ¡Anda, salero! ¿Qué le pasa á tu mamá?

AUREA. Pero si es que hace de papá. Papá suele entrar así.

PEPITO. ¡Demonio! ¡Entra rebanando!

FELIPA. ¡Jesús, que torpe! Ponga usted un poco de atención. Vamos... le veo á usted, es decir, le ve él á usted, y...

PEPITO. Y me desmayo.

FELIPA. Bueno; pues basta.

PEPITO. No, doña Filipina. Bueno; no me desmayaré.

FELIPA. ¿Qué desea usted, caballero?

PEPITO. La... yo... ¿qué digo yo?

FELIPA. Vengo á pedir la mano de su hija.

PEPITO. ¿De mi hija? Pero si yo no tengo hija, doña Felipa.

FELIPA. Él, hombre, él.

PEPITO. ¡Ah! ¿Él no tiene hija? Entonces...

FELIPA. (Irritada.) ¡Se pone usted imposible, hombre!

PEPITO. Pero si me hace usted un lío. Dice usted que no tengo... no; que él no tiene... tampoco. (A Aurea.) ¿Tu ves? Ya no sé quién es tu padre.

AUREA. Es que te aturdes. Tú pides mi mano á papá...

PEPITO. Eso, eso. Vamos... (A doña Felipa.) Vengo á pedir la mano de su señora hija.

FELIPA. (¡Gracias á Dios!) (Amenazándole con el puño y haciéndole retroceder.) ¡Qué es esto, caballero! ¡Con doscientos mil demonios de caballería! ¿Es que se burla usted de mí?... ¡Voto á un cañón!

PEPITO. ¡Cañón y todo! (A Aurea.) ¿Tú ves cómo se pone tu madre?

AUREA. ¡Si es papá!

FELIPA. Vamos, hombre; que perdemos el tiempo. Cuando él diga eso, usted se cuadra.

PEPITO. ¿Que me cuadro? ¿Cómo?

FELIPA. A ver... como se cuadra todo el mundo.

PEPITO. ¡Ah! (Cuadrándose militarmente.) ¿Así? ¿Y qué saco con eso?

FELIPA. Es usted capaz de hacer perder la paciencia á un santo. Cuando digo que se cuadre usted, quiero decir, que se las tenga usted tiesas. Créame usted á mí, que le conozco bien. En cuanto le chille usted, se ablanda.

PEPITO. ¿Sí?

FELIPA. Sí, hombre. (A ver si así...)

PEPITO. Pues... pues... (Sacando fuerzas de flaqueza.) Pues le chillaré. (Campanillazo.) ¡María Santísima! (Buscando aturdido la salida.)

AUREA. (Levantándose.) ¡El es, mamá!

FELIPA. (A Tomasa.) ¿Ves? Por querer estar en lo que hablamos.

PEPITO. ¡Tomasa!... ¡Tomasa!... al armario.

FELIPA. Vamos; ya no tiene remedio. Vete á tu cuarto, hija; y tú, abre, Tomasa, á ver si es un jóven que va á alquilar la casa. (Otro campanillazo. Las tres mujeres van y vienen azoradas, tropezando con Pepito, que no sabe dónde meterse.)

PEPITO. ¡Ay! ¡San Buenaventura de mi corazón!

FELIPA. Vamos... vive. (A Pepito.) Ya sabe usted...

PEPITO. ¿Qué?

FELIPA. Lo que le he dicho.

PEPITO. Si se me ha olvidado todo.

FELIPA. (A Aurea yendo con ella á la izquierda.) Anda, vamos. (A Pepito.) Que de usted depende que se casen ustedes ó no.

AUREA. Pepito... por Dios...

PEPITO. Cielo mío... Pero ¿y si hace conmigo una barbaridad?

(Vanse doña Felipa y Aurea por la segunda de la izquierda y Tomasa por el foro de la derecha. Pepito se dirige al foro y tienta el entredós de la izquierda. Se oye la voz de don Juan que dice:)

JUAN. ¡Con doscientos mil demonios de caballería!

PEPITO. (Medio caído de miedo y agarrándose al entredós.) ¡Digo! ¡Doscientos mil demonios!... ¡Y de caballería! (Corriéndose hasta el foro.) ¿Por qué no encerrarán á este señor?

ESCENA X

PEPITO y DON JUAN

PEPITO. (Tropezando en el foro con don Juan y abrazándose á él.) ¡Tomasa de mi alma!

MÚSICA

PEPITO. Ya está aquí este bruto.
¡Ay!... Si me conoce,
qué será de mí...

JUAN. ¿Quién será este escuerzo?
(Dando un puñetazo en la mesa.)
No me han avisado
¡voto á mil demonios!
aunque lo he encargado
mil veces y mil.
Está todo mejor en el cuartel.

PEPITO. (Asustado.) Sí, señor.

JUAN. ¡Allí no hay que gritar
ni que gruñir!

PEPITO. ¡Ya lo sé!

JUAN. ¡Si se escurre un soldado
trapalón!...

PEPITO. ¡Mogicón!

JUAN. Que me deja el criado
sin comer...

PEPITO. ¡Puntapié!

JUAN. Y con este sistema
militar...

PEPITO. ¡A morir!
JUAN. Como un rayo va listo
el más gandúl.
PEPITO. (¡Ya lo sé!)
JUAN. O se zurra de firme
el cordobán.
PEPITO. (¡Ay de mí!)
JUAN. Y esto es todo más fijo
que la luz.
PEPITO. (¡De un quinqué!)
¡Sí, señor!
JUAN. ¡Sí, señor!
Yo lo digo.
PEPITO. Y yo también.
JUAN. ¿Quién lo duda?
PEPITO. Nadie. ¡No!
JUAN. ¡Sí, señor!
PEPITO. ¡Sí, señor!
(Con este tío,
¿qué va á ser de mí?)
JUAN. ¿Quién lo duda, quién?
PEPITO. ¡Ay, yo no! (Asustado.)
JUAN. Está todo mejor en el cuartel, etc., etc.

—

PEPITO. Está, está el hombre
que echa, que echa chispas,
y no veo, no veo
la salida;
pero, pero como dé con ella,
papá suegro no me pesca.
¡No! ¡no!...
¡Ay! que andar,
sí, señor,
¡como yo!
¡como usted!...
JUAN. Aunque soy retirado,
sabré en mi casa

á la gente arreglar
como si fuese el cuartel,
para que ande, sí,
cada cual como allí,
como yo, como usted, sí,
hay que andar.
Sí, señor;
como allí,
como yo,
como usted.

—

Está todo mejor en el cuartel, etc., etc.

HABLADO

JUAN. (¡Ah! El joven que... (Fijándose en los gestos de Pepito.) Pero ¿qué demonios de gestos hace?) Usted dipense, caballero. Podía haberme avisado Tomasa... (Don Juan habla cerca de Pepito y éste hace un movimiento de temor cada vez que le siente cerca.) Pero esta casa es una república. Tome usted asiento y dispense. En cuanto falto media hora, toda anda manga por hombro. (Fijándose en el balcón.) ¡Pero esta Tomasa!... ¡Con el calor y el resol de hoy y la persiana levantada! (A Pepito.) Con permiso. (Va al balcón y deja caer la persiana.)

PEPITO. (Pues buenas noches. ¡Me has aviado!)

JUAN. (Volviendo.) Soy de usted... (Don Juan le pone detrás una silla, dejando entre silla y mesa espacio para que luego pueda caer Pepito al sentarse. Después pasa al otro lado de la mesa y se sienta en el sillón empezando á buscar papeles.)

PEPITO. (Pues no rebana. Esto me anima.)

JUAN. Siéntese usted, joven.

PEPITO. Gracias. (Sentándose en el suelo.)

JUAN. (Acudiendo á levantarle) ¡Eh! ¿Qué es eso?

PEPITO. (Incorporándose.) (¿No lo dije?) Pues ya ve usted; que me he caído.

JUAN. Si tenía usted la silla aquí mismo.

PEPITO. (Tentando la silla.) Sí; efectivamente... tiene usted razón. (Me he deslomado.)

JUAN. (Volviendo á sentarse.) Está usted mal de la vista, ¿eh?

PEPITO. (Sentándose con precaución junto á la mesa.) Muy mal, caballero, muy mal. De un ojo no veo nada y del otro tampoco.

JUAN. Eso puede ser debilidad. ¿Hace mucho que está usted así?

PEPITO. (Precipitadamente.) Desde antes de nacer. (¿Qué hará? No veo gota.)

JUAN. ¡Cómo! Eso es imposible, caballero.

PEPITO. ¿El qué?

JUAN. Que esté usted así desde antes de nacer.

PEPITO. (¡Qué atrocidad!) No señor, quería decir que estoy así de la vista desde antes de nacer... mi hermana mayor.

JUAN. (Dejando, un poco irritado, la pluma sobre la mesa.) Pues más imposible todavía.

PEPITO. (¡Ay, Dios mío! ¿A que me aturdo?) (Haciendo guiños con los ojos como para ver bien á don Juan. Este se fija en ello.)

JUAN. (Pero, ¿qué demonios de gestos son esos?) ¿Es usted nervioso?

PEPITO. Eso, sí señor, nervioso; y como no veo...

JUAN. (Volviendo á escribir.) Repito que eso es efecto de la debilidad, joven.

PEPITO. ¡Ca! No señor. Cómo como una fiera, sobre todo en el café. (Se inclina sobre la mesa, pretendiendo ver lo que hace don Juan.) (No veo una palabra.)

JUAN. ¿Ha esperado usted mucho?

PEPITO. Un ratito.

JUAN. Ya me ha dicho la portera que ha estado usted en la casa.

PEPITO. (¡Qué habladora, hombre!) Caballero... ¿y no le ha parecido mal?

JUAN. ¿A mí? ¡Quite usted, hombre! ¡No faltaba más!

PEPITO. (Con apasionado acento.) Gracias, caballero. Puesto que usted no se enfada, á pesar de lo que me habían dicho, permítame usted que le abra mi pecho. Sí; no le ha en-

gañado á usted la portera. He estado muchas veces á verla sin que usted lo supiese. (Movimiento de espectación, como si temiese una acometida de don Juan.) (Pues no se arranca.)

JUAN. (Que ha estado oyendo con cierto asombro.) (¡Vaya una rareza!) ¿Con que tanto le ha gustado á usted? (Escribiendo.)

PEPITO. De un modo bárbaro, caballero.

JUAN. ¿Entonces se queda usted con ella?

PEPITO. (¡Es un ángel este hombre!) Sí, señor.

JUAN. (Escribiendo.) «Manzana trescientas sesenta.»

PEPIUO. (Un poco asombrado é inclinándose sobre la mesa.) Pero...

JUAN. Pero no, manzana he dicho.

PEPITO. (¿Qué demonios escribe?)

JUAN. Corriente. Ya sabe usted mis condiciones.

PEPITO. No señor; pero aceptadas, sean las que fueren.

JUAN. ¿Tiene usted perros?

PEPITO. No señor; pero si á usted le gustan los perros...

JUAN. Al revés.

PEPITO. (Perros al revés, perras.) ¿Le gustan á usted más las perras? (Muy obsequioso.)

JUAN. (Un poco impaciente.) Ni perros, ni perras.

PEPITO. Bien; como usted quiera, caballero. (Pausa. Don Juan escribe.)

JUAN. ¿Y niños?

PEPITO. ¿Qué niños?

JUAN. Si tiene usted niños.

PEPITO. Todavía no, naturalmente, pero de seguro que los tendré, porque mamá...

JUAN. Lo sentiría.

PEPITO. Caballero, esa exigencia...

JUAN. O tomarlo ó dejarlo.

PEPITO. Bueno; haré todo lo posible por no tenerlos si le molestan.

JUAN. ¿Su nombre?

PEPITO. ¿El nombre de los niños? Pues no dice dicè usted que...

JUAN. (Amoscado.) ¡El nombre de usted, joven!

PEPITO. ¡Ah! (Me aturdo.) José Melaza.

JUAN. ¡Vaya un nombre!

PEPITO. No tengo otro, caballero.

JUAN. ¿Toca usted algo?

PEPITO. ¿Que si toco algo?

JUAN. Sí, señor; algún instrumento.

PEPITO. (¡Qué rareza!) Pues... de chico aprendí la ocarina... Pero se me olvidó. Sin embargo, aprenderé lo que usted quiera, si tiene empeño en ello.

JUAN. ¡Líbreme Dios! Ya está. (Firmando.) Ya sabe usted que no puedo dejarla en menos de seis mil reales al año.

PEPITO. No hablemos de dinero, caballero.

JUAN. Bien; bien, hombre; basta.

PEPITO. (¡Caracolitos! ¡Pues si es un bendito!) Si usted supiera cuánto me alegro de esto...

JUAN. ¿De qué?

PEPITO. De que me haya usted recibido con tanta benevolencia.

JUAN. ¡No faltaba más, hombre! Ea... (Poniendo el contrato en el lado de Pepito.) Usted firma aquí.

PEPITO. ¡Que yo firmo! (Inclinándose y procurando ver el papel.) ¿Y qué es esto?

JUAN. El contrato.

PEPITO. ¿El contrato ya? (Inclinándose sobre el papel.)

JUAN. (Cogiendo el contrato.) Traiga usted; yo se lo leeré. (Leyendo.) «Como dueño de la referida casa, la cedo en arrendamiento... etcétera... á don... etcétera.»

PEPITO. ¡Jesucristo! (Levantándose azorado.)

JUAN. «En la cantidad de... etcétera...»

PEPITO. (Buscando la salida hacia el velador.) Etcétera... ¡digo!... ¡Santa Bárbara!

JUAN. (Sigue leyendo sin fijarse en Pepito.) «Siendo de su cuenta... etcétera.»

PEPITO. Pero, ¿dónde está la puerta? (Se acerca al velador y lo derriba.)

JUAN. (Dejando de leer.) ¿Qué es eso, caballero?

PEPITO. (¡Ahora es ella!)

JUAN. (Acercándose.) Pero, ¿á dónde va usted, hombre? (Sosteniéndole.)

PEPITO. Medio caído en brazos de don Juan.) ¡Ay! Perdón, caballero, perdón.

JUAN. Eso no vale nada. ¿Se ha hecho usted daño?

PEPITO. (Medio caído.) Sí, señor. ¡Ay! En el estómago.

JUAN. Á ver... (Pretende desabrocharle el chaleco.)

PEPITO. No, caballero. Es en el interior. Las tostadas y la cerveza.

JUAN. Más vale así. (Yendo á la mesa.) Vamos; puede usted firmar. Son dos meses adelantados, uno en fianza y fiador.

PEPITO. (Y la Guardia civil.)

JUAN. Cuando usted guste.

PEPITO. (Vacilando.) Voy. (Nada; que me tengo que quedar con una casa, cuando maldita la falta que me hace.) Voy, voy. (Se acerca á la mesa y firma.)

JUAN. (Mirando.) ¡Pero hombre! ¡Ha firmado usted en la carpeta! Aquí... (Llevándole la mano.) Eso es. (Don Juan queda en la mesa doblando los contratos; Pepito se levanta y se coloca en el centro.)

PEPITO. (Después de breve pausa, durante la cual hace esfuerzos para hablar, sin conseguirlo.) Caba... caba... caballero.

JUAN. Usted dirá.

PEPITO. (Si puedo.) Caba... llero... usted es padre.

JUAN. Sí, señor.

PEPITO. Pues bien... por muchos años.

JUAN. Gracias. Igualmente.

PEPITO. Todavía, no; á eso voy. (Se lo diré con un rodeo.) Usted es padre...

JUAN. (Amoscado.) Van dos veces.

PEPITO. ¿Dos veces padre?

JUAN. (Dando en el suelo con el pie.) ¡Y es la tercera vez, caballerito!

PEPITO. ¿Tres veces padre? (Me aturdo.)

JUAN. (Lo mismo.) ¡Digo que lo ha preguntado usted tres veces, tres!

PEPITO. ¡Ah! ¡Ya! Corriente. Pues yo me comprometo á hacerle á usted abuelo sin interés alguno. (Apartándose de don Juan.)

JUAN. ¡Qué! ¡Cómo!

PEPITO. (Ahora me coloca el estacazo.)

JUAN. No he entendido.

PEPITO. Caballero... usted será considerado con un inquilino que da dos meses adelantados y uno en fianza.

JUAN. Bien, ¿y qué?

PEPITO. Que... que no sé qué me voy á hacer con el piso, si no me proporciona usted una familia que lo habite.

JUAN. No; no quiero subarriendos.

PEPITO. No es subarriendo precisamente... es que... su señora hija...

JUAN. Mi hija... ¿qué?

PEPITO. Nos... nos hemos complicado.

JUAN. ¡Complicado!

PEPITO. Sí, vamos... que nos amamos.

JUAN. (Irritado.) Con doscientos mil...

PEPITO. (Huyendo.) (¡La caballería!)

JUAN. Conque ha venido usted á burlarse de mí, ¿eh? (Buscando algo para castigar á Pepito.)

PEPITO. (Haciendo el juego de atreverse, avanzando dos pasos que luego retrocede.) (El todo por el todo, ó me quedo sin ella. Dicen que se achica... conque...) Sí, señor; ea.

JUAN. (Hablándole en la cara.) ¿Con que sí? ¿Usted sabe morir?

PEPITO. No he probado nunca.

JUAN. ¡Cómo!... ¿Se atreve usted?...

PEPITO. Me atrevo, voto á... un millón de húsares. (¡Toma caballería!)

JUAN. Por vida de... (Levantando en alto una silla.)

PEPITO. (Alejándose y tropezando con un mueble.) (Ahora es la rebanadura, ó nunca.)

ESCENA XI

DICHOS; ANDRÉS, por la primera de la derecha.

ANDRES. ¿Qué pasa aquí?... ¡Tío!

JUAN. (Dejando la silla.) ¡Andrés! (Andrés se dirige á abrazar á don Juan; Pepito se coge á la americana de Andrés y le sigue.) Pero,

¿estabas ahí? ¡Y no me han dicho nada! ¡Voto á!... (Pepito ha soltado á Andrés; éste y don Juan se han adelantado un poco, y Pepito queda al lado de don Juan.)

PEPITO. (Al oído á don Juan, tomándole por Andrés.) (Si no llegas á salir, me revienta el bárbaro de tu tío.) (Media vuelta para alejarse.)

JUAN. (Cogiendo á Pepito por el cuello.) ¡Esto más! ¡Por vida de!...

PEPITO. (¡Maldita vista!)

ANDRES. (Interponiéndose.) ¡Eh! Cuidado.

JUAN. Déjamelo, que me lo como; déjamelo.

ANDRES. ¡Qué he de dejar! Al contrario.

PEPITO. (Abrazando á Andrés.) Gracias, primo.

JUAN. ¡Cómo primo!

ANDRES. Sí; no lo es, pero lo será.

JUAN. ¿Que lo será?

ANDRES. Ya lo creo. En cuanto lo case con mi prima.

JUAN. ¿Con tu prima? ¿Pero estoy yo loco?

PEPITO. Sí, señor; furioso.

JUAN. (Intentando acercarse á Pepito.) Caballerito...

ANDRES. (Sujetándole.) ¡Eh! Poco á poco, que yo le protejo.

JUAN. Pues como si no le protegiera nadie.

ANDRES. (Creciéndose.) Está usted en un error, del que yo le sacaré.

JUAN. (Irritado.) ¡Que tú...! Andrés... no me tientes la paciencia...

ANDRES. No hay más que lo dicho, vamos; ¿y qué?

PEPITO. (Ahora se rebanan mutuamente. No quiero verlo.) (Buscando la salida y tropezando en todas partes, se coloca junto á don Juan cuando llegue el momento de decirle la frase que viene luego.)

JUAN. Andrés... te prohibo...

ANDRES. Como si no, ea. A mí no me asustan las voces.

PEPITO. (Al oído á don Juan.) (Rebana al tío de una vez y acabemos.)

JUAN. (Cogiéndole del cuello como antes.) ¡Cómo! ¡Pues usted va á pagarlo todo!

PEPITO. (¡Maldita...!) ¡Ay, ay!

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS; DOÑA FELIPA y AUREA, por la izquierda; TOMASA, por el foro.

FELIPA. } ¿Qué es eso?
AUREA. } ¿Qué pasa?

TOMASA. ¡Anda! ¡Le ha cogío!

JUAN. (A Aurea y doña Felipa.) ¿Que qué pasa? Que mañana mismo la llevo á usted (A Aurea.) al cuartel... (Corrigiéndose.) No sé lo que me digo. Al convento.

PEPITO. (Que se ha colocado cerca de doña Felipa, al oído.) (No te importe. Yo te robaré antes, pichona.)

FELIPA. ¿A mí?

PEPITO. (¡Otra vez!) (Procurando ver dónde está Aurea, á la que se oye sollozar.)

ANDRES. Tío: es preciso que se convenza usted de que esto no tiene remedio.

JUAN. ¿Que no lo tiene? O el convento, ó quedarse soltera, ó casarse contigo.

PEPITO. (Al oído á doña Felipa.) (No llores, corazoncito.)

FELIPA. (¡Vaya usted enhoramala!)

ANDRES. (Animadamente.) Ya comprenderá usted, querido tío, que casándome con otra, no puedo casarme con ella.

FELIPA. (A Aurea y Pepito.) (Ha llegado el momento de suplicar á ver si se ablanda.)

AUREA. (A Pepito.) (Anda, suplica como yo.) Papaíto...

PEPITO. ¡Papá!...

ANDRES. Vamos, tío...

PEPITO. } ¡Papá!...
AUREA. }

JUAN. (Vacilando.) El caso es que... con un yerno de mi genio... no durábamos ocho días... Pero... Corriente; cedo... Pero antes tengo que enterarme...

PEPITO. Sí, señor; es muy justo que usted se entere. Tome usted mi tarjeta para que vea usted á mamá. (Sacando la cartera y de ella una tarjeta después de mirar mucho entre varias.)

JUAN. (Leyendo.) «Leche de burras garantizada.»

PEPITO. ¡Cómo leche de burras! (Cogiendo la tarjeta y buscando otra.) Eso es un prospecto que me han dado hoy. Esa es. (Dándole otra tarjeta.)

JUAN. (Leyendo.) «Melitona Melero de Melaza.» Corriente; yo veré...

PEPITO. Bien; ¿pero qué hago yo con el piso?

JUAN. Se va usted á vivir en él cuando se case. Le rebajaré dos duros mensuales.

PEPITO. Gracias. (A Tomasa, que se ha colocado á su lado.) (¡Qué largo es tu padre!)

TOMASA. ¿Y usted qué sabe?

PEPITO. (¡Otra vez!)

ANDRES. Y ahora, primo, estos señores... (Por el público.)

PEPITO. ¡Ah! Sí. (Colocándose frente á la derecha.) (No veo á nadie.)

FELIPA. Aquí, hombre, aquí. (Colocándole junto á la concha.)

JUAN. (Separando á Pepito.) Quíte usté; ni para eso sirve. (Al público.)

MÚSICA-FINAL

Si hay alguno con ganas de gritar,
si cualquiera pretende resistir,
que se atreva no más que á respirar
y tendrá por la fuerza que aplaudir.

TODOS. Si hay alguno con ganas de gritar, etc., etc. (Telón.)

FIN

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta,* calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fé,* Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio de San Martín,* Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo,* calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado,* Esparteros, 11; de *Gutenberg,* calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y Compañía,* calle de las Infantas, 18; de *D. Hermenegildo Valeriano,* Horno de la Mata, 3; y de los *Sres. Escribano y Echevarría,* Plaza del Ángel, 12.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACIÓN.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin lo cual no serán servidos.